

Continuidad y cambio en la política exterior de la India

*Juan López Nadal

Las circunstancias en las que tuvo lugar, hace cincuenta años, la independencia de la India son muy distintas a las que este país vive en la actualidad. También es muy diferente el entorno regional y mundial. Por consiguiente, la política exterior de la India independiente ha tenido que experimentar necesariamente fuertes transformaciones.

Concretamente, se ha podido advertir que este proceso de adaptación de la política exterior a los nuevos parámetros, derivados en particular del fin de la Guerra Fría y de la globalización de la economía, no ha sido o, mejor dicho, no está siendo fácil para la diplomacia de Nueva Delhi. En la actual política exterior de la India, país al que tanto sus dimensiones geográficas y demográficas, como su situación estratégica y su potencial económico, permiten señalar como una de las potencias clave en Asia e incluso, probablemente, en el mundo, la continuidad y el cambio coexisten, no sin dramáticas contradicciones, y aunque a la larga parece inevitable que el segundo acabe imponiéndose a la primera, no es menos cierto que la India —como todos los países— tiene unos intereses permanentes y una visión propia del mundo que requieren, necesariamente, una cierta estabilidad.

Algunos estudiosos, muchos de ellos de origen indio, han formulado acerbas críticas sobre lo que consideran como terca resistencia de Nueva Delhi a aceptar las realidades, no siempre gratas, que conlleva un mundo absolutamente nuevo y en estado de permanente evolución, y a renunciar a los viejos esquemas clásicos. Algo de cierto hay en ello, desde luego, y la diplomacia india, impregnada de las fuertes tradiciones que la poderosa burocracia de ese país heredó de la administración colonial británica, no ha mostrado hasta la fecha un entusiasmo excesivo por revisar planteamientos tradicionales y facilitar una gra-

*Diplomático. Actualmente destinado a la Embajada española en Portugal. Ex subdirector general de Filipinas y el área del Pacífico en el Ministerio e Asuntos Exteriores de España.

dual adaptación a un mundo tan cambiado y cambiante. Pero es preciso, de un modo más sosegado, sopesar los fundamentos históricos y las causas en las que arraigan unas concepciones tradicionales cuya resistencia al cambio se manifiesta con tanta solidez.

Por eso, antes de abordar la manera con la que Nueva Delhi ha estado reaccionando en los últimos años a los nuevos desafíos y de vislumbrar los posibles retos que deberá afrontar en el futuro inmediato, será preciso un preámbulo de carácter histórico que, analizando los condicionamientos políticos y económicos internos y el entorno exterior circundante, nos vaya descubriendo cómo ha sido y ha ido evolucionando la política exterior de la India, desde la independencia hasta los albores de la presente década, con la configuración de un conjunto de circunstancias internas y, sobre todo, externas, absolutamente diferentes.

A los efectos del presente estudio distinguiremos tres etapas diferenciadas en la historia de la política exterior de la India independiente: los orígenes (1947-1965), marcados por la personalidad de Jawaharlal Nehru —en el que se incluye el breve período de mandato de su efímero sucesor, L.B. Shastri—; una segunda etapa (1965-1990), determinada sobre todo por la de su hija, Indira Gandhi, de la que el hijo Rajiv sería débil continuador; y la tercera, iniciada con el final de la Guerra Fría y que discurre en la actualidad, bajo un liderazgo político inestable e incierto.

EL PERÍODO DE NEHRU (1947–1965)

La vida política de la India independiente estará marcada de manera decisiva por la personalidad de Jawaharlal Nehru, prominente intelectual nacionalista de una familia de la alta burguesía perteneciente a las castas altas hindúes de origen cachemir. Su padre, Motilal, fue un prestigioso abogado que proporcionó a su hijo una educación británica y le inculcó su ideología nacionalista, inspirada en el socialismo fabiano, de alto contenido idealista. Tras la violenta desaparición de la figura carismática del Mahatma Gandhi, mucho más identificada con el arquetipo de la india rural, tradicional y profunda, Nehru dio al Congreso un marcado tinte socializante e internacionalista.

El nacimiento de la Unión India como nuevo Estado independiente coincide con la partición de la antigua India británica y con la aparición simultánea de un nuevo Estado, Pakistán, cuya fundación consagra el principio de las “dos naciones” de Iqbal y de Jinnah, contestado por el laicismo democrático del Congreso, fuerza política que había liderado el movimiento por la emancipación del subcontinente. Los efectos de la dramática partición resultan determinantes para la nueva India independiente desde sus orígenes hasta la actualidad. India y Pakistán obtuvieron su independencia como

estados soberanos en agosto de 1947 mediante la sangrienta partición de lo que fuera el Imperio británico de la India, a consecuencia de la cual perecieron millones de personas y muchas más se vieron desplazadas por la fuerza de sus lugares de origen, con especial virulencia en las regiones de Punjab (al Oeste) y de Bengala (al Este). La ancestral hostilidad entre hindúes y musulmanes en el Subcontinente está en el origen de este drama, cuyas heridas siguen abiertas aún hoy.

El laicismo del Congreso Nacional Indio, el partido de Mahatma Gandhi y de Jawaharlal Nehru, que preconizaba la independencia de la India británica como Estado único no confesional, no había sido capaz de impedir la polarización violenta entre nacionalistas hindúes, agrupados en torno al Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS), un movimiento de masas parafascista que preconizaba una India hindú; y el separatismo de la Liga Musulmana, fundada en 1909 por Mohammed Ali Jinnah, siguiendo la denominada “teoría de las dos naciones” ideada por el poeta Allama Iqbal que, estimando que los musulmanes del Subcontinente constituían una “nación” en sí misma, dio origen a la idea de un “Pakistán” como entidad propia y separada. La intransigencia de unos y de otros, cuyos enfrentamientos fueron en ocasiones azuzados por el poder colonial británico para debilitar al movimiento de liberación nacional, acabaron haciendo inevitable la partición.

Aunque Gandhi afirmó en 1946 que antes de dividir la India tendrían que partir en dos su propio cuerpo, el Mahatma y los nacionalistas laicos del Congreso, incapaces de imponerse al chovinismo de los extremistas hindúes y a la intransigencia de los separatistas musulmanes, se vieron obligados a aceptar que la India independiente naciese mutilada y que junto a ella surgiese un hermano gemelo menor, constituido por dos fragmentos al Oeste y al Este, llamado Pakistán.

La existencia de Pakistán y la radical divergencia ideológica entre los dos estados herederos de la India imperial van a condicionar toda la política de Nueva Delhi y, a través de ella, determinar la evolución general de la subregión de Asia meridional.

Como consecuencia de sus dimensiones, de su patrimonio histórico y de su papel de liderazgo en el conjunto de países no alineados y en desarrollo, la India se propuso desde el primer momento ocupar un papel de primer orden en el escenario mundial. El contencioso perenne con Pakistán, las tensiones de la Guerra Fría y su retraso en el proceso de despegue económico, con su automarginación de los grandes foros internacionales han frustrado hasta ahora estos designios. La dirección política india ha reaccionado con frecuencia con una amargura y un resentimiento que le han perjudicado de forma evidente.

Las grandes líneas ideológicas del Congreso nehruviano eran la democracia política –federalismo, laicismo, pluralidad de partidos, judicatura independiente, prensa libre...– y un sistema político con un alto grado de intervencionismo estatalista y de proteccionismo autarquizante, en consonancia con las tesis de autosuficiencia económica (*Swadeshi*), gratas al pensamiento gandhiano y que siguen teniendo hoy un alto grado de predicamento entre la clase política y la intelectualidad del país.

Desde el primer momento, Nehru ofreció el ejemplo del triunfo del movimiento nacional en la India como contribución a la emancipación de todas las naciones que, en Asia y en África, seguían entonces bajo el yugo colonial. El no alineamiento en política exterior se corresponde con la filosofía del Congreso en política interna: no violencia, tolerancia ideológica y religiosa, así como disposición al compromiso. Y el propio Nehru señalaba que “política interior y política exterior producen efectos reactivos la una sobre la otra, por lo que deben integrarse entre sí”. Este elemento es clave para entender la identificación de la India independiente con el Movimiento de los No Alineados (MNA), del que Nehru sería (junto a Nasser, Tito y Sukarno) uno de los padres fundadores. La India es fundadora y miembro eminente del MNA. La crisis de este movimiento como consecuencia del fin de la Guerra Fría ha venido a poner en cuestión uno de los elementos esenciales de la política exterior de Nueva Delhi.

Nehru dirigió el Partido del Congreso con incontestable autoridad, y este partido, motor de la independencia, mantuvo a su vez una absoluta hegemonía política en ese período. Tras resolver la espinosa cuestión de la reorganización de los estados de la Unión India de acuerdo con criterios étnicos y lingüísticos –en la que desempeñó un decisivo papel el principal colaborador, y a la vez rival, de Nehru en el Congreso, Sardar Patel–, Nehru consiguió consolidar su autoridad política en el partido y reforzar la primacía de éste en la vida política del país. La culminación del proceso de reorganización territorial se relaciona con la absorción, que Nehru hubiese deseado pacífica pero que la radical negativa portuguesa a negociar acabó haciendo violenta, del territorio de Goa y de otras pequeñas dependencias lusitanas en 1961. El establecimiento francés de Pondichery fue cedido sin conflictos por París a la India.

La política económica de la India nehruviana tuvo tonos fuertemente socialistas. En esta etapa, cuyas orientaciones continuarían en la época de Indira Gandhi, la India logró tasas apreciables de crecimiento, alcanzando, entre 1950 y 1980, incrementos de la producción agraria en torno al 3% de media anual, y de la producción industrial del orden del 4,5%. Estas cifras no deben ser infravaloradas tratándose de una economía muy pobre y de dimensiones demográficas tan notables. Sólo en comparación con los espectaculares progresos de otras economías en Asia oriental (Corea del Sur o Taiwán) resultarían deficientes.

Con estos condicionamientos internos Nehru emprendió una política exterior de perfil destacado, proclamando desde el principio su voluntad de situar a la India entre las potencias mundiales de primer orden. Desde principios de los años cincuenta Nehru intentó asumir, junto con China, el liderazgo del movimiento por la descolonización en el mundo. Es la época de la conferencia de Bandung, de la formulación de los cinco principios de la coexistencia pacífica –consagrados con el término sánscrito de “Panchsheel” y de las ilusiones sobre una fraternidad chino-india

(“Hindi-Chini Bhai Bhai”) cuyo carácter ficticio se demostraría de forma brutal pocos años después.

Pese a sus evidentes cualidades intelectuales y a su idealismo internacionalista, Nehru cometió serios errores de cálculo que costarían caro a su país, que apenas comenzaba los primeros balbuceos en el frente internacional. Y la fidelidad de Nehru a los principios democráticos se combinó con opciones económicas poco gratas a los países occidentales, a quienes irritó aún más la voluntad de Nueva Delhi de erigirse en abanderado de la descolonización y del no alineamiento.

En los años sesenta, la situación se complicó todavía más. Las ilusiones indias sobre una hipotética fraternidad con la China maoísta empezaron a desvanecerse con la brutal ocupación del Tibet por el Ejército de Liberación Popular (ELP), cuya demostración de fuerza en las estribaciones del Himalaya hizo ver a muchos cuáles eran de verdad las amenazas para la seguridad de la India. Pero Nehru, ya senil, siguió con sus ilusiones, desoyendo los consejos de sus asesores militares que le aconsejaban reforzar las defensas en el Norte. En 1962, las discrepancias sobre el trazado de la “línea McMahon”, en el sector oriental de la frontera indo-tibetana (que tras la ocupación del Tibet en 1959 había pasado a ser indo-china) dieron pretexto para una fulminante agresión militar china en el sector occidental. Los chinos se apoderaron en pocos días de la región de Aksai Chin, unos 18.000 kilómetros cuadrados en el sector nororiental del Estado de Jammu y Cachemira, del que la India había perdido ya un 35 % de la superficie en beneficio de Pakistán. El Ejército indio, mal dotado y escasamente preparado, no fue obstáculo para los chinos, y la humillación de 1962 pesa todavía en nuestros días.

El acercamiento entre China y Pakistán supuso otro duro golpe para la India. Fuertemente afectado por lo que consideró una traición china, Nehru murió en 1964. El Congreso eligió a un sucesor de transición, Lal Bahadur Shastri. La debilidad de la India fue aprovechada por el vecino pakistaní para intentar sacar ventaja y lograr por la vía militar sus aspiraciones irredentistas en Cachemira. En 1965, con el beneplácito de Washington y de Pekín, Pakistán provocó un pequeño incidente fronterizo en la zona meridional del Rann de Kutch para intentar distraer la atención de la India y seguir luego con otro ataque a través de la línea de control en Cachemira. Comenzó así la segunda guerra indo-pakistaní. El Ejército indio, mejor preparado que en 1962, reaccionó con un contraataque en el interior de Pakistán. El embargo de armas y la imposibilidad de ambos contendientes de obtener recambios obligó a Nueva Delhi y a Karachi a aceptar la propuesta de mediación soviética. Shastri y Ayub Khan se encontraron en Tashkent y, bajo los auspicios de Kosigin, acordaron el cese de las hostilidades. Poco después moría el efímero Shastri y la hija de Nehru, Indira Gandhi, se hacía con el poder por encima de las resistencias del aparato partidario del Congreso. La hegemonía de este partido en la vida política india seguía siendo incontestada.

INDIRA GANDHI Y SUS SUCESORES (1965-1991)

Indira Gandhi daría a su largo período en el poder (1965-1977 y 1980-1984) una marcada impronta personal. Su acceso a la jefatura del Gobierno y del Partido no fue fácil, teniendo que imponer sus habilidades maniobreras a las del denominado “Sindicato”, formado por los principales barones del Congreso. En el orden político, Indira reforzaría su poder personal –la escisión del partido llevó al sector gobernante a convertirse en “Congress-I” (por Indira) y a la fácil manipulación de su nombre hasta materializarse en el slogan “Indira is India”– reflejando las fuertes tendencias de la hija del Pandit Nehru hacia el autoritarismo. Esto supondría un fuerte deterioro de las instituciones democráticas, hasta culminar en el brutal período de la Emergencia (1975-77) con el encarcelamiento de los líderes opositores y con medidas despóticas a cargo del entorno de Indira y de su hijo favorito, Sanjay, que moriría después en accidente de aviación. En su segundo período en el poder, Indira reincidiría en sus actitudes autoritarias, en particular con la represión de la insurrección sikh en Punjab y el asalto militar al Templo de Oro de Amritsar. La venganza de los sikhs motivó precisamente la muerte violenta de Indira, asesinada por sus guardaespaldas en 1984.

Tras el asesinato de Indira le sucedería su segundo hijo, Rajiv Gandhi, político a pesar suyo, sin más carisma que el de su estirpe familiar, escasamente dotado para conducir un país de las dimensiones de la India. Seguiría el camino de su madre y también moriría asesinado en 1991 por extremistas tamiles, que vengaban en este caso la política prepotente y hegemónica seguida por Indira y sus sucesores en Asia Meridional y, concretamente, en Sri Lanka. Ni Rajiv ni los dos breves interregnos bajo coaliciones no congresistas (gobiernos Janata de Morarji Desai y Charan Singh entre 1977 y 1979 y gobiernos Janata Dal-Frente Unido de V.P. Singh y ChandraShekar, entre 1989 y 1991) no modificarían sustancialmente las grandes líneas marcadas por Indira en política interior, economía y relaciones exteriores.

En el ámbito político, la década de los setenta, dominada por la figura de Indira Gandhi, se caracterizó por fuertes tintes autoritarios y centralizadores que pusieron en cuestión la naturaleza democrática y federal del sistema. Las constantes intervenciones del Ejecutivo central, con el recurso casi sistemático al mecanismo del “President’s Rule”, y el dominio de la maquinaria del partido hegemónico, el Congreso, por el entorno familiar e íntimo de la primera ministra, crisparon al máximo las relaciones entre el centro y los estados, polarizando las tensiones lingüísticas y étnicas así como el comunismo religioso. A fines de los ochenta, como consecuencia de esta desdichada política, la India se encontraría con el desafío de tres fuertes movimientos secesionistas en Cachemira, Assam y Punjab, de fácil y frecuente manipulación por sus adversarios externos, lo que tendría serias consecuencias en los ámbitos de la política exterior y de seguridad. Por otra parte, la imposición del estado de excepción (*Emergency*) en 1975-1976, conllevó

un fuerte golpe al sistema democrático, que sólo pudo recuperarse por la admirable resistencia al autoritarismo manifestada por algunos sectores de la sociedad, el coraje de opositores como Jayaprakash Narayanan y la capacidad de la Judicatura de preservar su independencia. La caída de Indira en 1977 fue sólo temporal, ya que el faccionalismo y la incompetencia de los gobiernos Janata de Morarji Desai y Charan Singh la devolvió al poder dos años después. En el quinquenio subsiguiente Indira repetiría sus anteriores errores, que culminaron con el sangriento aplastamiento de la rebelión secesionista en Punjab, cuyo precio fue la vida de la propia Indira, asesinada en 1984.

Su hijo y sucesor Rajiv Gandhi, hombre sin más carisma que el de su estirpe, a pesar de algunos intentos de iniciar una urgentísima reforma económica, cayó en la inoperancia política y el Congreso se precipitó por la senda de la incompetencia y la corrupción. El escándalo “Bofors” —comisiones percibidas por la adquisición de armamento de esa empresa sueca— supuso la segunda derrota del Congreso, derrotado por una frágil y heterogénea coalición. Los gobiernos de V.P. Singh y de Chandrashekar, entre 1989 y 1991, repitieron y superaron los errores del período Janata (1977-79). El asesinato de Rajiv Gandhi en mayo de 1991 por extremistas tamiles fue una poderosa herramienta electoral para el Congreso, que recuperaba el poder tras las elecciones, pocos meses después. La nueva administración encabezada por Narasimha Rao se encontraba con una economía al borde de la bancarrota y con un país polarizado por los secesionismos étnicos, la agudización del conflicto religioso en torno a la mezquita-templo de Ayodhya (*Mandir*) y la tensión entre castas derivada de la política de reservas de puestos para las castas inferiores (*Mandal*), auspiciada por el gobierno V.P. Singh.

En el orden económico, el período de Indira siguió dominado por concepciones socialistas, intervencionistas y autárquicas. El programa de erradicación de la pobreza (*Garibi Hatao*), difundido a bombo y platillo, fue un completo fracaso, y la India continuó al margen de los principales centros económicos de decisión.

A comienzos de la década de los ochenta se inició una notable tendencia hacia el crecimiento económico. En ese período, y pese a las deficientes cosechas, la agricultura creció una media del 3,4 % anual, mientras el sector industrial alcanzaba el 6,9% anual de promedio entre 1980 y 1991.

Pero el aparentemente rápido crecimiento económico de los ochenta estuvo acompañado, especialmente en el período de Rajiv Gandhi (1985-89), por una pésima administración económica, fiscal y monetaria. Los gestores de la economía relajaron, a partir de 1985, los controles sobre el suministro de dinero y crédito e ignoraron el alarmante aumento del déficit fiscal. El recurso a la deuda, a todas luces excesivo, y la fuerte caída de las exportaciones, sumados a la corrupción creciente, al faccionalismo, a la incompetencia gubernamental y a la inestabilidad política pusieron a la India al borde de la suspensión de pagos. Por si fuera poco, las crisis y guerra en el Golfo Pérsico (1990-91) aumentó el coste de las importaciones de energía y redujo el volumen de las

remesas enviadas por emigrantes en el exterior. La inflación se disparó, el déficit presupuestario superó en 1990 el 10% del PIB y las reservas de divisas cayeron hasta niveles mínimos, con apenas capacidad de financiar las importaciones de un mes. La situación con la que se encontraba el Gobierno Rao era a todas luces alarmante.

De la exposición que acabamos de hacer se deduce que la India de los setenta y de los ochenta estuvo marcada por la impronta personal de Indira Gandhi, con un fuerte deterioro de las instituciones democráticas (cuya solidez y resistencia les permitió, no obstante, sobrevivir a dicha prueba), una agudización de las tensiones sociales y la pérdida de una oportunidad de haber aprovechado el potencial de crecimiento económico para el desarrollo del país derivada de la rigidez doctrinaria del intervencionismo, la incompetencia en la gestión, la corrupción y el empecinamiento en continuar al margen de las estructuras mundiales. Estos hechos condicionaron, sin duda, la política exterior de la India durante este período que, junto a los citados elementos internos, estuvo determinada por una situación internacional dominada por la agudización de la Guerra Fría y por la inserción de la India en los esquemas y alineamientos propios de la misma.

El fracaso de los planteamientos nehruvianos sobre una política de no alineamiento puro, comprobado amargamente tras la derrota y humillación de la India por el Ejército chino en 1962 y por la creciente convergencia de la política asiática de Washington y de Pekín para contener a la URSS —que llevaría a ambas potencias a convertirse en garantes y protectoras de Pakistán, el adversario por antonomasia de la India desde el momento mismo de la partición e independencia de ambos países subcontinentales—, condujo a Nueva Delhi a aproximarse cada vez más a Moscú. La percepción de los responsables indios sobre las amenazas a la seguridad del país apuntaban, en el Norte, a una China que tras incorporar el Tibet le apuntaba directamente desde el Himalaya, y, en toda su periferia oceánica, a los designios norteamericanos, dado el reforzamiento del sistema de alianzas de Washington en Oriente Medio, Golfo Pérsico, Océano Indico, Sudeste Asiático y cuenca del Pacífico. Pakistán era visto por la India, además de como un adversario “per se” al que no tendría problemas en controlar, como instrumento de los designios amenazadores convergentes de dos grandes potencias empeñadas en contener a la India y en oponerse a sus aspiraciones regionales.

La política de armamentos y, en particular, el programa nuclear de la India deben ser comprendidos como reacción lógica y legítima de un país que advierte que no sólo sus aspiraciones regionales sino su propia seguridad se ven amenazadas por una potente convergencia de fuerzas a su alrededor. Tras la explosión nuclear china de 1968, Indira Gandhi decidirá emprender el camino para que su país pueda, llegado el caso, dotarse de una fuerza de disuasión adecuada. En 1974 la India efectúa su primera, y hasta ahora única, prueba nuclear en superficie con la detonación de un artefacto en Pokharan, en el Estado occidental de Rajastán, situado simbólicamente en las inme-

diaciones de la frontera pakistaní. La decisión de Indira Gandhi de llevar a su país por la senda nuclear dará origen, a su vez, al programa nuclear de Pakistán.

Por otra parte, los alineamientos y combinaciones que estaban produciéndose a su alrededor obligaban a la India a tomar nota y, sin renunciar a un teórico principio de no alineamiento que podía servir a Delhi para sus hipotéticas aspiraciones de liderar una tercera fuerza mundial, ajustarse a las realidades circundantes y buscar apoyo en el único lugar donde entonces podía encontrarlo: en Moscú.

El filosovietismo sería, por tanto, desde la segunda guerra pakistaní de 1965 –concluida con el armisticio de Tashkent auspiciado por la URSS– una característica constante de la política exterior de Delhi, hasta el punto de que el fin de la Guerra Fría y la disolución de la URSS llegarían a ser un auténtico cataclismo en South Block.

Tras la muerte del efímero Lal Bahadur Shastri y el ascenso al poder de Indira Gandhi, la política de aproximación a la URSS se llevó a cabo con decisión. Salvando las distancias políticas entre ambos regímenes, y aunque el intervencionismo económico nehruviano no se identificase completamente con el modelo soviético, Moscú se convirtió en el primer socio político, económico y militar de Delhi, hasta configurar lo que ambas partes denominaron una “relación estratégica”.

El momento culminante de la aproximación entre Nueva Delhi y Moscú, propiciado por la excelente relación personal de Indira con Brezhnev y Gromiko, tiene lugar en 1971, en vísperas de la tercera guerra indo-pakistaní, con la firma del Tratado de Amistad y Cooperación entre la India y la URSS, que constituye una auténtica alianza entre el líder del bloque comunista y uno de los principales conductores del MNA. Es importante resaltar la coincidencia en el tiempo entre el alineamiento indio con Moscú y la configuración de un eje Washington-Islamabad-Pekín. Será precisamente gracias a la mediación del general Yahya Khan, entonces presidente pakistaní, que Henry Kissinger efectuaría en 1971 su trascendental viaje a Pekín, preparatorio del encuentro Mao-Nixon que tuvo lugar en la capital china al año siguiente.

La Unión Soviética hizo honor al máximo a sus compromisos estratégicos con la India, pieza esencial en su estrategia regional frente a chinos y norteamericanos. Cuando la India se puso de parte de los insurgentes bengalíes en el entonces Pakistán Oriental, Moscú proporcionó no sólo el necesario apoyo logístico y militar, y los recambios para que el Ejército indio desencadenase su victoriosa ofensiva, sino que además cubrió con firmeza el frente diplomático, oponiéndose a los intentos norteamericanos de condenar a la India en las Naciones Unidas. China y Estados Unidos fueron incapaces de impedir que su protegido pakistaní fuese humillantemente derrotado en la guerra y que sufriese la escisión de su parte oriental, en la que, bajo el patrocinio de la India, surgiría el nuevo Estado de Bangladesh. La incursión en el Golfo de Bengala de una flotilla norteamericana casi al final de la guerra de Bangladesh fue interpretada por Delhi como una intolerable provocación, y sólo sirvió para cimentar aún más firmemente los fundamentos del eje Delhi-Moscú.

La tercera –y hasta ahora última– guerra indo-pakistaní fue el mayor triunfo militar y diplomático de la India. El Ejército había conducido una brillantísima campaña militar y no faltaron las tentaciones de llevar la guerra al frente occidental y “liberar” al menos la parte de Cachemira bajo control pakistaní. Pero fueron los propios soviéticos los que disuadieron a sus aliados indios, sabedores que la continuidad de Pakistán como Estado independiente, por lo menos en su sector occidental, era una línea roja cuyo traspaso no sería consentido ni por Washington ni por Pekín, y cuya transgresión podría haber conducido el conflicto a una escalada de consecuencias imprevisibles. Pero ello no impidió a Indira Gandhi saborear su triunfo e imponer severas condiciones a Zulfikar Ali Bhutto en los Acuerdos de Simla de 1972, que obligaron a un derrotado Pakistán a abandonar sus pretensiones de internacionalizar el contencioso de Cachemira y a aceptar a regañadientes la exigencia india de circunscribirlo a un ámbito estrictamente bilateral, mucho más favorable a los intereses indios. La humillación de Pakistán en 1971-1972 hubiese podido incluso acabar confirmando el control de facto de la India sobre Cachemira de no haber sido por la desastrosa política india en el territorio que daría lugar, mucho después, a una insurrección popular, azuzada e instrumentalizada por Pakistán para reavivar un contencioso que en 1972 parecía tener prácticamente perdido.

En el conjunto de la región de Asia Meridional, Indira Gandhi continuó con la línea de su padre de afirmar, en todos los supuestos necesarios, la primacía de la India.

Particular atención revisten para Nueva Delhi los reinos del Himalaya (Nepal, Bhután y Sikkim –este último hasta su anexión formal en 1975–), que fueron tradicionalmente, desde los tiempos de la dominación británica, verdaderas marcas fronterizas frente a la inmensa China. El carácter de estados-tapón de esos reinos se reforzaría tras la anexión china del Tíbet, en 1959, de modo que puede afirmarse que forman parte esencial del sistema de seguridad indio. Nueva Delhi heredó el sistema de tratados de la India británica con Nepal, Bhután y Sikkim, que en la práctica hacía de los dos últimos verdaderos protectorados indios y sometía la independencia del primero y principal, Nepal, a un cierto derecho de supervisión por parte de la India.

Bajo el mandato de Indira Gandhi, la India reforzó sus pretensiones hegemónicas y su intervencionismo en la política interna de estos estados, oponiéndose en particular a la aspiración de Nepal de ser reconocido internacionalmente como “Zona de Paz”. El estilo y el tono de la diplomacia india le enajenó las simpatías de sus pequeños vecinos. Sólo durante los dos breves interludios no congresistas (1977-79 y 1989-91), la India aligeró de alguna manera su actitud prepotente y logró actitudes más confiadas de estos países vecinos. Durante los mandatos de Indira y de Rajiv Gandhi, sólo Nepal logró sustraerse relativamente a las arrogancias indias. Sikkim –con el pretexto de los disturbios interétnicos– fue ocupado militarmente en 1973 y anexionado como nuevo Estado de la Unión. El pequeño reino de Bhután se ha visto forzado a aceptar un estatus de semiindependencia, reservándose Delhi el control de su política exterior y de

su defensa, lo que justifica como necesario freno a los designios de China sobre este territorio, cuyos habitantes se asemejan a los tibetanos en religión y cultura.

Similares problemas se han puesto de manifiesto en las relaciones entre la India y sus otros vecinos medianos de la región. Tras la independencia de Bangladesh –arriba comentada, en la que el Ejército indio tuvo una intervención decisiva– Indira Gandhi intentó mantener un fuerte grado de control sobre el nuevo vecino, desgajado del hostil Pakistán. Las relaciones con la India se convirtieron en una cuestión de fuerte debate interno en la política bengalí, y motivaron en parte el violento golpe de Estado que derribó a Mujibur Rahman. La sucesión de regímenes militares y civiles no ha resuelto el delicado problema que para Bangladesh suponen las relaciones con su gran vecino.

Algo parecido puede decirse respecto a Sri Lanka. La India se ha opuesto siempre a que este país, cuya situación estratégica es clave, entrase en acuerdos con potencias extrañas a la región (y sobre todo con Estados Unidos): Nueva Delhi no toleraría el control por una potencia extraña de la importante base naval de Trincomalee.

La torpe prepotencia, y la inconsistencia, con la que Delhi interfirió en los asuntos de Sri Lanka tiene como más claro ejemplo la actitud india en torno al secesionismo tamil en el Estado insular vecino. Tras atizar irresponsable y demagógicamente a los secesionistas, con meros fines electoralistas para consumo interno en el Sur, los efectos perversos se advirtieron sólo cuando los movimientos armados secesionistas tameses de Sri Lanka desestabilizaron a su vez la situación en el propio territorio de la India. Rajiv Gandhi quiso intervenir en un sentido contrario al que había hecho su madre. Envío en 1987 un fuerte contingente militar (Indian Peace Keeping Force [IPKF]) para “interponerse” entre el Ejército srilankés y las guerrillas separatistas de los Tigres para la Liberación de Tamil Eelam (LTTE), y acabó combatiendo contra éstos con resultados desdichados hasta su retirada, en condiciones humillantes, en 1990. La política india irritó al Gobierno de Colombo y le granjeó, por motivos distintos, los odios de la población de ese país, tanto cingalesa como tamil. Del mismo modo que Indira Gandhi pagó con su vida la sangrienta represión de la insurrección sikh, su hijo Rajiv pagaría con la suya su malhadada aventura en Sri Lanka. Un comando del LTTE, con apoyos locales, le asesinó en la localidad de Sriperumbudur, Tamil Nadu, en mayo de 1991.

Respondiendo a una iniciativa de Bangladesh, se creó en diciembre de 1985 la Asociación Regional para la Cooperación en Asia Meridional (SAARC), de la que forman parte la India, Pakistán, Bangladesh, Nepal, Bhután, Sri Lanka y las Maldivas. Esta entidad, nacida con voluntad de impulsar la cooperación regional, ha tenido hasta ahora una actividad y unos resultados muy modestos. Sigue pendiente de materialización la creación, en el marco de la SAARC, de una zona regional de libre comercio. La hostilidad indo-pakistaní, el empeño de Islamabad de subordinar cualquier concesión a la solución del contencioso de Cachemira y la percepción por sus vecinos menores de una India arrogante e intervencionista han impedido, hasta ahora, que esta loable iniciativa haya tenido éxito.

Durante los años setenta y ochenta, la política de la India en Asia estuvo condicionada por su alineamiento de hecho con la URSS en la Guerra Fría. Las relaciones diplomáticas con China, rotas tras la guerra de 1962, sólo fueron reanudadas en 1976, pero se mantuvieron bajo mínimos en todo ese período, persistiendo la hostilidad y la desconfianza recíprocas. El filosovietismo de la diplomacia india hizo que Nueva Delhi apoyase en 1978 la invasión vietnamita de Camboya, lo que le granjeó la antipatía de los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN). El obstáculo político y el alineamiento en bandos contrapuestos motivó que las relaciones y la cooperación económica entre la India y los países del Sudeste asiático fuesen irrelevantes.

Nueva Delhi apoyó, desde el principio hasta el final, al régimen impuesto por los soviéticos en Afganistán —al que intentó instrumentalizar para desestabilizar al eterno adversario pakistaní. En los ochenta, Afganistán sirvió para reforzar aún más el eje indo-soviético frente al triángulo rival montado por Pakistán, China y Estados Unidos.

En suma, puede decirse que Indira Gandhi y sus inmediatos sucesores se vieron determinados en sus opciones de política exterior tanto por la herencia del período anterior como por la agudización de la Guerra Fría y de la delimitación de los campos enfrentados en el teatro asiático. La rigidez en los esquemas y la falta de imaginación para resituarse de acuerdo con los nuevos parámetros económicos y estratégicos internacionales perjudicó, sin duda, las aspiraciones de la India de obtener su reconocimiento como potencia de primer orden.

Pese a mantener, o incluso reforzar, su presencia y su peso en el MNA, el no alineamiento indio fue absolutamente ficticio. Cierto es que Delhi había visto cómo se conformaba en su entorno una coalición hostil y que, en estas circunstancias, no había probablemente más alternativa que el acercamiento a Moscú. El hecho de que la URSS fuese la gran perdedora de esta gran etapa histórica y que acabase disolviéndose supuso un serio revés para la diplomacia india, a la que parece haberle resultado costosísima la adaptación a unas nuevas circunstancias totalmente distintas en las que su capacidad de influir ha sido mínima. Las vacilaciones demostradas en las postrimerías de la URSS (recuérdese la actitud equívoca de la diplomacia india ante el fallido golpe procomunista en Moscú, en agosto de 1991) permitieron entrever una visión corta, temerosa y desviada de la evolución de los acontecimientos. Por otra parte, la India cosechó un rotundo fracaso en sus ilusorios intentos de abanderar una hipotética “tercera fuerza”, como líder del Movimiento de los No Alineados, en la Guerra del Golfo (1991), que no le granjeó beneficio alguno. ¿Por qué estos evidentes errores? La actitud desconfiada y timorata de la India ante el nuevo esquema mundial tras el fin de la Guerra Fría revela una actitud de fuerte resistencia al cambio, paralela —en cierto modo— a los obstáculos con los que ha ido tropezando en este lustro el programa de reformas económicas puesto en marcha en 1991.

Tras este preámbulo de carácter histórico sobre estas primeras cuatro décadas largas de independencia, examinaremos a continuación la fase que se inicia a principios de los años noventa y que continúa abierta en la actualidad.

LOS DESAFIOS INTERNACIONALES Y LA INDIA DE HOY

El año 1991 marca un verdadero hito histórico para la India independiente. Tras el asesinato de Rajiv Gandhi, el 21 de mayo de ese año por extremistas tameses en plena campaña electoral, el Congreso designó rápidamente a Narasimha Rao como líder, el primero no perteneciente a la *dinastía Nehru-Gandhi* salvo el breve interludio de Shastri (1964-65). Capitalizando el *efecto Rajiv*, el Congreso logró la victoria por mayoría suficiente –aunque no absoluta– y recuperó el poder. Es de señalar, no obstante, el fuerte crecimiento del partido nacionalista-hinduista, el Baratiya Jonata Party (BJP), que pasó de 85 a 119 escaños y se convirtió en primera fuerza de oposición.

En el orden político, el Gobierno congresista de Rao se veía obligado a afrontar el desafío del movimiento radical hinduista, espoleado por el BJP y sus organizaciones afines (el Ejército Nacional de Voluntarios [RSS], el Vishwa Hindu Panisad [VHP], Bajrang Dal, etc.) en torno a la reconstrucción del templo de Rama en Ayodhya, lo que implicaba la eliminación de la mezquita construida por Babur en el mismo lugar, coincidiendo con la expansión del Islam en el país. Se replanteaba así la delicadísima cuestión de las relaciones comunales y, en particular, la polarización de hindúes y musulmanes, avivando los rescoldos dejados por la partición. Por otra parte, Rao tenía que hacer frente a la polarización social derivada de la política de reservas de puestos administrativos para ciudadanos de las castas hindúes inferiores, impuesta por el Gobierno anterior sobre la base de las recomendaciones de la Comisión Mandal. Por si fuera poco, Rao era visto por los principales barones del Congreso como un líder de transición, desatándose el faccionalismo y la disgregación. Todo ello en un marco económico verdaderamente angustioso, con el país al borde de la bancarrota.

El legado político del Gobierno Rao no fue precisamente brillante. La incapacidad de Nueva Delhi para hacer frente a los grupos extremistas hindúes envalentonó a éstos que, ante la pasividad del Gobierno central, ofrecieron a la nación y al mundo el bochornoso espectáculo de la destrucción de la mezquita en Ayodhya. Los musulmanes se sintieron traicionados por el Congreso, y fueron las peores víctimas de los sangrientos enfrentamientos entre grupos religiosos que tuvieron lugar poco después en Bombay. Estos gravísimos hechos pusieron en cuestión el laicismo del Congreso y del sistema político indio, envalentonaron a los extremistas hindúes y sirvieron para que los sectores más antiindios en Pakistán reforzasen sus posiciones en el vecino país. Tampoco se resolvió la espinosa cuestión de las reservas de puestos para las castas inferiores, que derivó también en violentos enfrentamientos. La insurrección popular en Cachemira contra la administración india, iniciada el año anterior, se propagó ante la torpe y brutal reacción de las autoridades, que actuaron como verdadero Ejército de ocupación, alienándose de la población y espoleando los designios irredentistas de Pakistán. La situación en Punjab mejoró, pero paralelamente se agravaba la de Assam, donde los secesionistas se veían reforzados.

El faccionalismo en el Congreso y los escándalos de corrupción, que alcanzarían al propio Narasimha Rao, condujeron a la fortísima derrota electoral de 1996, la peor en la historia del partido de Gandhi y de Nehru. En las elecciones surgieron los extremistas del BJP como principal fuerza política, al lograr junto con sus aliados 196 escaños. En segundo lugar quedó una heterogénea coalición de catorce partidos nacionales y regionales de centro y de izquierda, el Frente Unido (185 escaños). El derrotado Congreso quedó en un humillante tercer lugar, con sólo 144 diputados. Pero sus votos son decisivos para impedir, a través de su respaldo a la coalición minoritaria del Frente Unido, el ascenso del BJP al poder.

El primer Gobierno del Frente Unido, encabezado por Deve Gowda, se formó en junio de 1996 tras fracasar el líder del BJP, Vajpayee, en su intento de articular una mayoría. Pero Deve Gowda fue obligado a dimitir tras retirarle su apoyo el nuevo líder del Congreso, Sitaram Kesri. Sólo tras arduas negociaciones el Congreso aceptó renovar su apoyo a un nuevo Gobierno del Frente Unido encabezado por el titular de Asuntos Exteriores, Inder Kumar Gujral, que conservó en el nuevo Gabinete la conducción de la política exterior.

Si el legado político del Gobierno Rao había sido a todas luces pésimo, algo bien distinto puede decirse en el ámbito económico, ya que, con todos sus errores y vulnerabilidades, Narasimha Rao y, sobre todo, su Ministro de Finanzas, Manmohan Singh, pasarán a la historia de la India como los iniciadores de una imprescindible y radical transformación de la economía del país. El proceso de reformas iniciado por ellos en 1991 prosigue en la actualidad, pese a los numerosos obstáculos de toda índole con los que se ha ido tropezando en estos años. Los primeros ministros Deve Gowda e I.K. Gujral han mostrado una decidida voluntad de avanzar por este camino, que no tiene ni puede tener vuelta atrás si la India no quiere perder definitivamente el tren de la Historia. El actual Ministro de Finanzas, P. Chidambaran, es actualmente el director de orquesta encargado de la apasionante y difícilísima tarea de poner al día las pesadísimas estructuras heredadas de las épocas anteriores, de insertar a la India en la economía regional y mundial y, mediante ello, de impulsar el desarrollo del país, de modo que pueda recuperarse de las posiciones de retraso en el que las rigideces ideológicas, la falta de visión de la evolución de los acontecimientos, las incompetencias en la gestión y —lo que es peor— la endémica y pavorosa corrupción, la habían situado.

Bajo la autoridad del primer ministro Rao, Manmohan Singh comenzó su plan de emergencia devaluando la rupia —con vistas a su gradual convertibilidad—, relajando los controles sobre la inversión privada y limitando los sectores reservados al sector público, liberalizando e incentivando las inversiones directas del extranjero, desreglamentando la economía al suprimir el tradicional sistema de licencias, abriendo el camino a la reducción de aranceles y a la liberalización comercial, así como a los mercados de capital y al sistema financiero. Se puso en marcha un programa de ajuste económico con el respaldo del FMI, resistiendo presiones políticas y sociales.

Se han alcanzado resultados en la liberalización de precios, la apertura de los mercados y la liberalización del sector financiero. La economía, tras los primeros efectos del ajuste, se vio estimulada por las reformas, alcanzándose, entre los años 1993 y 1996, tasas de crecimiento anual entre el 6% y el 7%.

Pero las reformas se han visto ralentizadas y obstaculizadas en gran medida por la falta de estabilidad política en estos años. El sector público de la economía sigue sobredimensionado a falta de un verdadero plan de privatizaciones, no se ha conseguido terminar con el sistema de subsidios (dada su sensibilidad política, particularmente en la agricultura), lo que bloquea una mayor reducción del déficit presupuestario que ha bajado del 9% al 6% del PIB entre 1991 y 1995, pero sigue siendo excesivo, obstaculizando la confianza empresarial y retrayendo a posibles inversiones extranjeras, cuyo volumen se ha incrementado, aunque por debajo de las expectativas y del potencial económico de la India.

La erradicación de la pobreza (más del 35% de la población vive bajo los límites mínimos internacionales de subsistencia) y del analfabetismo, la reforma de las estructuras fiscales haciéndolas más justas y estimulando la recaudación, la modernización de la agricultura y de las infraestructuras (transportes, telecomunicaciones, etc), y la reducción de un sector público desmesurado son los grandes capítulos aún pendientes. La liberalización comercial, apenas en sus inicios, debe continuarse sin demora, ya que, aunque la India es ya miembro de la Organización Mundial de Comercio (OMC), las restricciones proteccionistas subsistentes no le permiten hacer un uso adecuado de tal condición.

Advertimos, por tanto, que los impulsos para llevar a cabo la imprescindible y radical transformación de su economía se ven frenados en la India por fuertes resistencias, dado el arraigo que, pese a su innegable fracaso, siguen teniendo las concepciones y estructuras del pasado. Algo muy parecido sucede en el ámbito de la política exterior.

La India sigue manteniendo relaciones muy tensas con Pakistán, así como un alto grado de desconfianza recíproca con China. Pero la escena política y económica del mundo se ha transformado por completo: la URSS ha desaparecido; el experimento socialista nehruviano ha fracasado; las relaciones de poder se han visto sustancialmente modificadas, en Asia y a nivel mundial; el Movimiento de los No Alineados ha dejado de tener sentido y la India debe incorporarse imperativamente a la economía mundial, pues no puede en ningún caso sustraerse a la globalización.

El colapso del que fuera principal socio económico y estratégico de la India, la URSS, supuso un durísimo golpe para la diplomacia de Nueva Delhi. Tras años de vacilaciones y dificultades, la India ha restaurado su *relación estratégica* con la actual Federación Rusa, pero las cosas no son como antes, y es hacia China, hacia Asia y hacia Occidente donde la India debe ahora dirigir preferentemente su mirada.

Aunque no sin reservas, parece existir un consenso político y social suficiente en la India para reconocer que la transformación radical de las estructuras económicas es imprescindible, lo que conlleva ajustarse a los estándares internacionales en materia de

inversiones y comercio, en un contexto global cada vez más competitivo. Esta es otra razón para que Delhi potencie sus relaciones con el mundo occidental.

El Movimiento de los No Alineados es hoy por hoy una reliquia sin contenido. La India debe reconducir sus relaciones con los países del Tercer Mundo y, en particular, con las de su entorno más próximo, en función de nuevos parámetros.

En resumen, los imperativos fundamentales para la India en materia de política exterior vienen a ser los siguientes:

- Garantizar su seguridad interna y externa, haciendo frente a las potenciales amenazas de Pakistán y de China, manteniendo niveles adecuados de capacidad defensiva y propiciando un entorno regional basado en la cooperación con sus vecinos y en la seguridad compartida. La perpetuación de conflictos sin resolver (como el de Cachemira) es un grave obstáculo para este objetivo.

- Asegurarse los medios internacionales para potenciar su desarrollo económico, lo que implica ser capaz de establecer vínculos con los principales proveedores de tecnología, y de obtener las mejores condiciones para colocar sus productos, de forma competitiva, en los principales mercados.

- Identificar nuevos socios internacionales que respondan a sus necesidades e intereses actuales. De ahí el nuevo interés de la India en las regiones del Sudeste asiático (ASEAN), cuenca del Pacífico (APEC), y Océano Índico (IORARC). Con ello la India potencia, por una parte, sus intereses económicos y contribuye, por otra, a contrarrestar el ascenso de China como potencia hegemónica. La India puede y debe perseguir un lugar de primer orden en el nuevo equilibrio de poderes asiático.

Las aspiraciones de la India a situarse en el primer plano mundial y, en particular, a lograr un puesto de miembro permanente en el marco de la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU dependerán de la modernización e inserción de su economía en las estructuras mundiales, y de su capacidad para solucionar los conflictos en que está implicada (Cachemira), de obtener la confianza de sus vecinos más próximos en Asia Meridional, de jugar un papel constructivo en el nuevo equilibrio asiático y de obtener la aceptación de la Comunidad internacional, sobre todo la de Estados Unidos y de Occidente revisando sus posturas rígidas y doctrinarias en materia de control de armamentos y de no proliferación nuclear.

La tensión entre continuidad y cambio seguirá siendo una constante en la política exterior de la India. Las mayores resistencias se producirán, sobre todo, en el ámbito de la seguridad y del equilibrio regional, mientras que los estímulos al progreso y al desarrollo económico serán, probablemente, los principales factores de posible transformación e innovación.

El actual primer ministro, Inder Kumar Gujral, hombre de una larga experiencia diplomática, honesto, dialogante y moderado, sería un líder ideal para conducir a la India, en el plano internacional, a un proceso de transformaciones paralelo al que en el plano de la economía emprendieron Narasimha Rao y Manmohan Singh hace seis

años. Las dificultades, en ambos casos, provienen de un sistema político y social inestable, repleto de amenazas y de interrogantes. Podría muy bien ser que, a fin de cuentas, las estructuras de la sociedad india, presa fácil de radicalismos demagógicos e irresponsables, acabasen siendo el principal obstáculo para su propio progreso, en un momento en que el entorno internacional ofrece al país un marco de oportunidades que no debería desaprovechar.

Madrid, noviembre de 1997

INDIA		PAKISTÁN
3.287.590	SUPERFICIE	803.943
Nueva Delhi	CAPITAL	Islamabad
938.000.000	POBLACIÓN	133.000.000
278.739	PIB (millones de dólares)	56.565
305	RENTA PER CÁPITA(dólares)	440
6,5 %	CRECIMIENTO 1996	4,5%
89.200	DEUDA EXT. (millones dólares)	24.000
10%	INFLACIÓN 1996	12%
25.500	IMPORTACIONES 1966 (millones dólares)	9.500
24.400	EXPORTACIONES 1996 (millones dólares)	6.700
7.430	GASTO DEFENSA 1996 (millones dólares)	3.300
2,67%	PORCENTAJE DEFENSA/PIB	6,12%
1.145.000	EFFECTIVOS TOTALES	587.000
2.400	CARROS DE COMBATE	2.050
5.550	PIEZAS ARTILLERÍA	2.580
400	HELICÓPTEROS	170
850	AVIONES DE COMBATE	430
202.000	TONELAJE NAVAL	40.000
2	PORTAAERONAVES	0
16	BUQUES SUPERFICIE PR.	11
18	SUBMARINOS	10
20-25	BOMBAS NUCLEARES*	10-15

* Estimaciones.

Referencias bibliográficas

- Adams, John (1996) "Reforming India's Economy in an era of global change", *Current History*.
- Bernard, J.A. (1985) "L' Inde: Le Pouvoir et la Puissance". Paris: Fayard.
- Boniface, Pascal (ed.) "L' Année Stratégique 1997 (esp. pp.159-161 y 180-193). Paris: I.R.I.S.
- Brass, P.B. (1996) "The Politics of India since Independence". Cambridge University Press.
- Coussy, Jean (1997) "L' Inde Face à la Régionalisation de l' Economie Mondiale". Paris: *Cahiers du C.E.R.I.*
- Dibb, Paul (1995) "Towards a New Balance of Power in Asia", *Adelphi Paper*, 295, Oxford University Press.
- Dupuis, Jacques (1992) "L'Inde: Une introduction à la connaissance du monde indien". Paris: Kailash.
- Ganguly, Sumit (1996) "Uncertain India", *Current History*.
- Hagerty, Devin T. (1996) "South Asia's Nuclear Balance", *Current History*.
- Johari, J.C. (et al.) (1991) "Governments and politics of South Asia". New Delhi: Sterling.
- Kapur, Ashok. "The CTBT and the Security of South Asia" -22-10-97. Internet.
- Kapur, Ashok y WILSON A.J. (1996) "The Foreign Policy of India and its Neighbours". Londres: McMillan.
- Kopf, David (et al.) (1995) "The World of Asia"; esp. Capítulo "The World of India", pp. 81-150. Illinois: Harlan Davidson.
- Krepon, Michel: "Trend of Neighborly Cooperation Eludes India, Pakistan". Internet
- LAMB, Alastair (1991) "Kashmir, a disputed legacy". Roxbury Press, Hertfordshire, 1991.
- Latter, Richard (ed.) (1995) "Strengthening Security in South Asia" Wilton Park Papers, Wiston House, Inglaterra.
- Mc Pherson, Kenneth I. (1997) "India's Foreign Policy: Origins and Current Directions. Perth, Universidad de Curtin, Australia Occidental. (contribución personal, no publicada)
- Rashid, Ahmed (1994) "The Resurgence of Central Asia: Islam or Nationalism.- Karachi, Oxford University Press.
- Rashid, Ahmed (1996) "Pakistan: Trouble ahead, trouble behind", *Current History*.
- Reuben, C.: "Missile Threats in the Sub-Continent". Internet.
- Rupérez, Ignacio (1997) "La India cumple cincuenta años". *Anuario Internacional CIDOB* 1997. Barcelona: Fundació CIDOB pp. 255-264.
- Thakur, Ramesh (1997) "India y el Mundo", *Política Exterior*, nº 59, Madrid.
- Thomas, Raju (ed.) (1992) "Perspectives on Kashmir : The roots of conflict in South Asia". Boulder: Westview Press.
- Thomas, Raju G.C. "India's Security Environment towards the year 2000". Internet.
- Varios autores (1992) "India in South Asia: an analysis on Hegemonial Relationships". Islamabad: Institute of Regional Studies.
- Wirsing, R.G. (1994) "India, Pakistan and the Kashmir Dispute". New York: St. Martin's Press.
- Wirsing, Robert G. (1996) "The Kashmir Conflict", *Current History*.
- Zins, Max-Jean (1997) "La démocratie parlementaire indienne en question". Paris: Cahiers du C.E.R.I.
- Government of India : Speech of the External Affairs Minister, Shri I.K. Gujral – "Essential Tenets of Indian Foreign Policy". New Delhi, 15th January 1997 (enuncia la denominada "Doctrina Gujral").
- "Time to let go : A survey of India", *The Economist* (22-2-1997).
- "India, 50 Years of Independence", *The Financial Times*. Número extraordinario, 14 -7-1997-11-03
- Diversos artículos en las revistas *Asiaweek* y *Far Eastern Economic Review* y en los periódicos indios (*The Hindu*, *Indian Express*, *Times of India...*) y pakistaníes (*Dawn*, *The Nation*, *The News...*)